

VIII. LA PROFESIÓN MILITAR EN LA AMÉRICA LATINA DEL SIGLO XXI*

“Con la verdad no ofendo ni temo”.
Descartes, 1596-1650

La interpelación filosófica y geopolítica de la vocación militar

Pocas profesiones como la militar es interpelada en el comienzo de este nuevo siglo, no sólo por su función en el pasado histórico -a la luz de una mayor conciencia por la vigencia de los derechos humanos y el derecho internacional humanitario- sino por los fenómenos contemporáneos de la revolución tecnológica y el proceso, aún asimétrico, de la globalización. No hay duda que el mundo, por los avances extraordinarios en comunicaciones, informática y transporte se ha “achicado” midiendo sus distancias en tiempo, mientras las armas de destrucción masiva exceden la acción tradicional del soldado en la guerra.

El terror nuclear, por ejemplo, después de Hiroshima y Nagasaki, fundamentó la tesis de la doble destrucción asegurada, convirtiéndose en una competencia entre científicos bélicos, más que entre guerreros profesionales. Y aún hoy, el terrorismo con medios químicos, biológicos y radiológicos, pone la alternativa masiva de un gran holocausto en manos distintas al de las fuerzas armadas convencionales. El proyecto insinuado de desarme nuclear de las potencias [Obama], apunta precisamente a conjurar el riesgo de la proliferación nuclear que, a largo plazo, es un proceso de permeabilidad tecnológica indetenible.

Las cuestiones de vida o muerte que afectaban al conjunto de una comunidad, hasta ayer centradas en la violencia de los enfrentamientos armados -por medio de guerras, revoluciones, golpes e insurrecciones- se han extendido ahora con nuevas amenazas a la seguridad: el narcotráfico y el crimen organizado globalizado; los desastres y catástrofes naturales o causados por el hombre; las epidemias y pandemias extendidas a la velocidad del avión; y la miseria social explosiva del subdesarrollo, multiplicada por la recesión provocada por la especulación financiera transnacional.

** Síntesis de la exposición de Julián Licastro a solicitud de los oficiales y funcionarios cursantes del Colegio Interamericano de Defensa - CID, Washington, octubre de 2009.*

A esta transformación de los grandes escenarios mundiales de contrastes y conflictos, se agrega la incertidumbre de las guerras preventivas y opcionales [Irak, Afganistán, Pakistán], o el mismo empleo de tropas mercenarias administradas por empresas de capitalismo salvaje [Blackwater], es decir: sin reglas. Ocurre, pues, la paradoja de enormes ejércitos y flotas convencionales y aún nucleares que, a pesar del peso de ingentes presupuestos públicos, no combaten en la realidad de las operaciones actuales, confiadas sólo a contingentes pequeños o medianos de aquellas verdaderas máquinas globalizadas de guerra.

Discernir entre política y estrategia

Producto de esta inacción en la práctica bélica, y de la reaparición periódica de “carreras armamentistas” no muy bien justificadas, la sociedad civil se pregunta por la razón de ser de las fuerzas armadas que sostiene con su carga impositiva. Máxime frente a un golpismo que reincide en nuestro continente [Honduras], cuando esta forma de interrupción del orden constitucional se creía definitivamente superada; lo cual prolonga los juicios y prejuicios que dificultan la esperada reconciliación interna plena de nuestros países.

Se abre entonces un arco demasiado amplio de propuestas para el empleo de las fuerzas armadas: sea como unidades socorristas en casos de emergencia; como cuerpos asistenciales en zonas de extrema pobreza; como contingentes policiales en un clima de inseguridad; etc. Esta situación, que roza cuestiones profundas acerca de lo esencial de su misión específica en la defensa nacional, obliga intelectualmente a la vocación militar a comparecer ante la instancia esclarecedora del pensamiento filosófico, encargado de orientar en conjunto los objetivos de reflexión y ejecución de las diferentes disciplinas científicas y profesionales.

La filosofía, además, no en el orden académico sino como razón práctica, nos ofrece el método de la conjetura y el ensayo para acercarse, por aproximaciones sucesivas, a la verdad posible en estos temas complejos, que afectan a la profesión militar en una etapa de cambio y transición. Entre estos temas, es clave la vinculación correcta entre política y estrategia, que en el nivel superior del estadismo es muy difícil de separar, distinguiendo

exactamente donde termina la conducción civil y empieza la jefatura militar, o viceversa.

Sin embargo, desde el punto de vista del método, que en esta exposición tratamos de destacar didácticamente, la solución es sencilla. La jefatura militar se expresa confidencialmente, como asesoramiento; y la conducción civil, en tanto autoridad política constitucional, se manifiesta -en lo orgánico y en lo público- como instancia de resolución y toma de decisiones.

Con este criterio, los trabajos de estado mayor pueden delegarse a funcionarios y oficiales superiores, y recibir todo tipo de consejos teóricos y técnicos, pero la responsabilidad del liderazgo es absolutamente inequívoca e indeclinable. Cuando esto no ocurre, y se hace pública una opinión militar contraria a la del poder ejecutivo, estamos en presencia de una interferencia castrense en instancias reservadas al sistema democrático [es el caso de la discusión actual sobre el eventual refuerzo de tropas y recursos en Afganistán].

El golpismo latinoamericano como conducta objetivamente retrógrada

De igual modo, es necesario extraer las lecciones imprescindibles del golpe en Honduras, no ya en el ámbito político y diplomático -donde ha recibido el rechazo unánime de la comunidad internacional- sino respecto a la intervención ilegal e ilegítima de las fuerzas armadas en dicho proceso, que es la cuestión a tratar aquí específicamente. El tema es prevenir una acción partidarizada de estas fuerzas, que tienen que estar al margen de todo comportamiento de sector o facción, dada su pertenencia al conjunto de la comunidad nacional, cuya unidad es menester preservar en cualquier situación.

Asimismo, es fundamental evitar la regresión de la organización profesional militar en conflictos internos que requieren un tratamiento civil y cívico; e impedir la usurpación de las funciones policiales, que son las idóneas para cumplir eventuales instrucciones de las instancias jurídico-legales. Dicho de otro modo, aún las grandes crisis tienen que operarse y resolverse dentro de los mecanismos del orden constitucional, según la normativa de cada país;

incluyendo juicios políticos y órdenes de detención por supuestos delitos comunes o de corrupción pública.

Conviene recordar que -más allá de estar uniformada y armada en su debida dimensión- la policía es una institución civil desde su creación histórica por obra de los doctrinarios de la Revolución Francesa; justamente para permitir la vigencia del orden democrático y los derechos humanos, fuera del autoritarismo propio del feudalismo medieval. Por esta razón, la intervención castrense en Tegucigalpa -sin entrar en mayores detalles políticos y sociales- reiteró los peores gestos de un militarismo retrógrado, respecto al ciclo democrático de posguerra fría que rige en la mayoría del continente.

Esta cuestión de forma y fondo en la reaparición del golpismo, sin perjuicio de la participación en él de incitadores políticos y empresariales, es el peor rasgo de los sucesos del 28 de junio de 2009, que ha repercutido negativamente, por la susceptibilidad de la sociedad ante actitudes que se consideran “corporativas” de la profesión militar, lo cual debe aclararse suficientemente. Por otra parte, la represión inherente a un gobierno de facto lleva -tarde o temprano- a la violación de los derechos humanos, alejando a la ciudadanía de las instituciones militares, con el lamentable desprestigio social de la carrera castrense.

Posibilidades y riesgos de las operaciones de paz

Incluso las operaciones de paz, que significan -en general- un resultado positivo de la evolución político - estratégica de la comunidad mundial, con el fin de evitar el descontrol total de los enfrentamientos internos en las llamadas crisis de identidad nacional [Haití], deben someterse a periódicas revisiones. Porque estas operaciones, no sólo deben surgir de los organismos multilaterales correspondientes -como las Naciones Unidas- para ofrecer garantías de legitimidad e imparcialidad, sino evitar que su prolongación indefinida las vaya convirtiendo en partes beligerantes a favor de un gobierno determinado, en contra de sus opositores políticos.

Estas circunstancias, por el mayor involucramiento que representan, y ante una situación local cada vez más difícil y compleja, pueden poner a los contingentes militares asignados a una misión humanitaria – inicialmente

profesional y neutral- en el peligroso trance que queremos prevenir en nuestras propias naciones, o sea: la partidización política de las fuerzas armadas. En un aspecto similar, la crónica diaria registra en los países que han destacado cuerpos militares en misiones en el exterior -de manera individual o integrando coaliciones- la extrema sensibilidad de la sociedad civil respecto de las bajas de connacionales en las zonas de operaciones; y la inquietud por conocer a ciencia cierta las motivaciones reales de la presencia de estas tropas en el extranjero.

La guerra de frontera como hipótesis del pasado

Otra consecuencia geopolítica de la contracción y densificación del mundo por los avances tecnológicos, es el cambio del sentido estratégico de la frontera, como institución demarcatoria de la identidad y separación de los pueblos organizados en Estado. La realidad continental indica que hoy la integridad territorial no está en juego, sino la integración económica y sus múltiples posibilidades de desarrollo; preservando obviamente la pertenencia cultural e histórica que impulsa la continuidad y el desenvolvimiento de las naciones en el espacio natural de cada región.

De este modo, la frontera ha evolucionado conceptualmente de línea de choque e hipótesis de conflicto, a lugar de encuentro e hipótesis de cooperación. Esta evolución evidente que se repite en muchas latitudes del mundo, sin caer en un pacifismo ingenuo, cambia el enfoque de las zonas limítrofes hasta ayer marginadas de todo desarrollo, para diseñar las obras de infraestructura en comunicación y transporte multimodal, y completar la red de interconexión energética necesaria para el crecimiento conjunto.

Por lo tanto, una profesión militar incapacitada para vislumbrar la asociación estratégica con los países vecinos -que es lo que define un proceso efectivo de unión regional- tiene necesariamente que actualizarse para concebir una “defensa cooperativa”, proyectada más allá de actitudes aisladas, agresivas o expansionistas. Quienes no lo hagan así, quedarán atrás de una evolución profesional inexorable, paralela a la evolución geopolítica y geoeconómica de los pueblos emergentes.

En el plano diplomático, siempre contiguo al plano militar, los avances registrados en los procesos de integración constituyen apoyos sólidos, en la marcha deseable hacia un nuevo orden internacional equilibrado, dinámico y justo. Un orden basado en la cooperación y no en la subordinación, donde la acción persuasiva y el “poder blando” puedan desplazar progresivamente la arbitrariedad de la arrogancia y el “poder duro”; hoy totalmente incompatibles para encarar con éxito los grandes desafíos de la región y el mundo, que son de naturaleza multilateral.

La Unasur como propuesta perfectible pero irremplazable

En esta definición de un nuevo espacio geopolítico, proclive al equilibrio proporcional y autosostenido de los Estados continentales [Estados Unidos, China, Rusia, India] y de las uniones regionales [Unión Europea, Unión de Naciones Suramericanas y otros procesos afines], se encuentra la posibilidad de actualizar el sentido de la profesión militar. Ella puede ampliar su tradicional finalidad de prepararse para la guerra, por la de actuar como garantía de paz, asegurándola en tanto recurso estratégico imprescindible para la articulación de largo plazo entre países coincidentes en sus grandes objetivos.

No es un simple juego de palabras, porque esta nueva actitud no pone el énfasis en la escalada de los posibles conflictos entre Estados de la misma región; sino en hipótesis, doctrinas y ejercicios combinados para la seguridad común. Una nueva y fundamental orientación, que incluye las medidas concernientes al desarrollo industrial y tecnológico de la producción para la defensa, que es un área donde también es necesario concertar y planificar en conjunto.

Mientras tanto, y a falta de una nueva normativa legal que priorice la búsqueda de un mismo perfil compatible a las relaciones de defensa con otros países y potencias extra-regionales, a nivel de la Unasur, se presenta el problema de las iniciativas individuales, de evidente efecto fragmentario y centrífugo [Colombia con Estados Unidos; Venezuela con Rusia; Brasil con Francia]. Estas decisiones políticas de los respectivos países son legales y soberanas, pero en los términos previos al compromiso político de crear esta nueva instancia estratégica; lo cual exige ahora -en un plazo prudencial a

consensuar- el debate detallado acerca de un patrón compartido de probables apoyos y alianzas en una perspectiva mundial.

Pero aún a despecho del escepticismo, la Unasur va a continuar su marcha, especialmente si cuenta con el impulso decidido del ABC primordial, que sintetiza y resume, en el cono sur del continente, los factores determinantes de una geopolítica propia y distintiva [la Cordillera de los Andes; la Amazonía; la Cuenca del Plata y los litorales australes del Atlántico y Pacífico]. Factores plenos de recursos naturales y potencial integrativo, como alternativa inalienable a la codicia desmedida de las corporaciones transnacionales; iniciativa que empieza con la elaboración creativa y formativa de una doctrina estratégica de, por y para la región.

El camino es el método

Estos son algunos de los interrogantes planteados para que ustedes, como oficiales cursantes de una importante institución académica, profundicen la reflexión individual o en equipo, y puedan elaborar tesis que respondan a las exigencias profesionales de los nuevos tiempos que vivimos. Por esta razón, hemos citado en el inicio de este tema al filósofo francés creador del discurso del método, considerado por su criterio investigativo -centrado en la duda sistemática- como el padre de la filosofía moderna.

Por lo demás, este siglo ha traído, como hemos visto, muchas novedades al ámbito castrense, entre ellas una mayor participación civil en los organismos dedicados a la defensa; un crecimiento notable de la integración de la mujer a los cuerpos militares; la modificación de los regímenes de educación, capacitación y justicia de las fuerzas armadas; y una especial atención a la vinculación entre el sistema de seguridad y la investigación, desarrollo y producción para la defensa, organizada ésta en consorcios multinacionales de cada región.

Desde el punto de vista geopolítico, el cambio y la transformación de la mentalidad de los pensadores, conductores, líderes y cuadros, es evidente, sea en el marco de las potencias y naciones más desarrolladas, sea en los Estados y pueblos que aspiran a emerger con personalidad propia en el concierto mundial. En esa escena, la comunidad latinoamericana está en formación; y se

irá decantando por nuestra voluntad de unidad, solidaridad y cooperación, especialmente en los momentos de adversidad y de prueba que siempre determina el desarrollo histórico ineluctable.

Por este motivo, y como integrantes protagónicos de un pueblo continental, en búsqueda de nuestro lugar en el mundo, no importan las vicisitudes que debamos atravesar como ciudadanos soldados de un patriotismo nacional y regional, que exige nuestra participación lúcida para cumplir su destino. En este aspecto, el respeto a la ley, la sensibilidad social, el perfeccionamiento institucional y el más alto sentido del honor, son los criterios principales a seguir para actualizar y modernizar la antigua y noble profesión militar.

22.10.09